

EN EL AÑO DE LA MISERICORDIA
Juan Carlos García Jarama

Me piden una pequeña contribución acerca del Perdón y he aquí que la presento con gusto pues, además de cumplir con tal solicitud, respondo también a un deseo interno del corazón. Sí, en efecto, “todos tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia”, como señala el Papa en la Bula de convocación de este gran Jubileo, que está para concluir. La sencilla reflexión que ofrezco presenta el itinerario por el que la meditación humana ha ido discurriendo, hasta alcanzar el sentido definitivo de este atributo esencial en el que se revela, de manera sublime, el rostro mismo de Dios.

111

El esfuerzo fatigoso del entendimiento filosófico con sus limitados, pero meritorios logros, se ha encontrado con la rica aportación de una divina revelación, gratuitamente concedida; merced a ésta, aquél encuentra un resultado humanamente insospechado. En efecto, la misericordia y la compasión no siempre han sido comprendidas como cualidades nobles y dignas del humano adulto, menos como atributos propios de un ser trascendente y divino. Basta recordar algunas culturas de la antigüedad e incluso de la modernidad, para las cuales semejante modo de comportarse es equivalente a debilidad y flaqueza, siendo su paradigma la virilidad y la fortaleza.

De la omnipotencia a la misericordia

- “Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber”, dice Aristóteles al inicio de su *Metafísica*. Su entendimiento no queda detenido ante la seducción que le provocan las cosas sensibles en su manifestación; antes bien, en ellas encuentra siempre un reclamo para ir más adentro, al margen de su utilidad inmediata, y alcanzar su sentido más profundo. También al “filósofo” que todos llevamos dentro le importa saber lo que las cosas son, le inquieta saber qué es en realidad el mundo que le cobija y, por encima de todo, le preocupa saber quién es el y quiénes son aquellos con los que convive. No obstante, dentro de su inutilidad, una cierta dimensión práctica de este conocimiento le orienta también a saber a qué atenerse, a cómo comportarse, a preguntarse si vale la pena hacer esto o dejarlo pasar. Todo hombre, antes o después, a medida que va madurando, busca saber si tiene o no sentido cuanto hace, cuanto sufre o cuanto goza, cuanto ha vivido y cuanto proyecta vivir. En el fondo de la cuestión se esconde lo más propio y específico del ser humano, pues el hombre es el único animal capaz de cuestionar su propia realidad y la de todo aquello que le circunda; el único que recoge en la memoria o que anticipa, en la esperanza, lo porvenir. Es el único que busca, sin descanso, la felicidad.

Es en virtud de esta inclinación natural, precisamente, como el ser humano pasa del interrogante sobre el mundo a la pregunta acerca de sí mismo, y de ésta a la cuestión de la trascendencia después. Gracias a sus facultades naturales, el hombre es capaz de atisbar la

realidad de Dios, como un ser superior y omnipotente, al que atribuir el origen de cuanto existe y en el que pensar, también, como meta del devenir de la historia. La dimensión espiritual de la persona posibilita que, cuando ésta se sumerge en su propia intimidad, reconozca –o pueda reconocer, al menos- la huella de Otro mayor, anterior y necesario, que justifica y fundamenta la existencia contingente de que ella misma goza. El libro abierto del cosmos, gran muestrario de la intervención del Creador, así como el laberinto interno de la personalidad, constituyen vericuetos recorridos por el hombre, a lo largo de la historia del pensamiento, para descubrir a Dios.

De la mano de la existencia divina, el entendimiento humano también puede descubrir algunos de sus atributos metafísicos, algunas de las cualidades, íntimamente conectadas con aquella forma de ser. No podemos tener, no tenemos de hecho, noticia alguna de la existencia de cualquier cosa sin tener, por lo mismo, alguna noción acerca de su esencia, por vaga e imprecisa que ella sea. También sucede así con Dios. Cuando nuestra inteligencia pasa del conocimiento de las cosas contingentes a la causa de las mismas, de alguna manera puede sospechar, en esta última, su razón de ultimidad, de Causa absolutamente necesaria e incausada, de perfección absoluta. Si lo que contempla en el mundo es una cualidad imperfecta, una belleza siempre incompleta, la bondad envuelta en fragilidad o una verdad fácilmente amenazada, no le será difícil postular al menos la existencia de una Perfección en grado pleno, fuente y origen de aquellos otros modos limitados. Cuando lo que despierta su curiosidad es, en

cambio, la armonía natural y el ordenamiento tan maravilloso del universo en que vivimos, no tendrá demasiado inconveniente en proponer al Artífice de semejante diseño inteligente y no absolutamente absurdo. Y si lo que sorprende al pensador es la presencia de una ley moral universal e incuestionada en su interior, sanción incondicionada y retribución sin excepción, tal vez pueda sospechar la intervención, en todo ello, de un Legislador divino.

Así, por distintos caminos de aproximación, es como numerosos pensadores de la antigüedad, y también en nuestros días, se han acercado al Absoluto: un Dios inmutable y eterno, infinito y poderoso, necesario y trascendente, ser por sí, absolutamente independiente, origen y meta final de cuanto existe. Por muchas que sean las teorías que intentan dar razón del rasgo distintivo y específico del ser divino, que aquello que le resulta más característico, en el fondo se mueven todas ellas en el orden de un nivel metafísico, trascendente o sobrenatural. Si se trata de la omnipotencia, esta lo separa de la debilidad; si la principal cualidad considerada es la eternidad, esta lo coloca al margen de nuestra historia; si el distintivo de Dios es su santidad, no puede Dios tener comercio alguno con la criatura empecatada; si Él es el ser por sí, no resulta fácil comprender una amable relación con cuanto encuentra su radical explicación fuera de sí.

Ante una realidad así, cabe preguntarse si el ser humano significa algo. Si el eterno es impasible, si el origen es inmutable, si Dios es trascendente, se abre una brecha que separa, irremediabilmente, el dominio de ambos

mundos. El hombre tiene el peligro de quedar aislado, desorientado y olvidado, debatido en una huérfana existencia, indiferente para Aquél. No es de extrañar, entonces, que de este planteamiento se siga, con frecuencia, una especie de agnosticismo teórico que distancia al ser divino, hasta el punto de caer en un silencio práctico ante Dios. Pero puede suceder, por el contrario, que ávido de protección y abrigo, el hombre acerque tanto el eterno cielo a la pobre tierra que termine por concebir un Dios semejante y próximo, mas revestido, esta vez, de todos los defectos que encontramos en el propio ser humano. Agnosticismo y antropomorfismo, esas son las dos opciones de esta angosta encrucijada. No parece, pues, posible concebir la esencia metafísica de Dios sin padecer, en su trascendente lejanía, el desconcierto de una vida solitaria o el consuelo insatisfactorio de una proyección a la medida de la deficiencia personal.

1.2.- Ha sido gracias a la auto-revelación del Dios de los judíos, a lo largo de los siglos, como ha podido un pueblo, elegido de entre todos, descubrir algunas otras cualidades que se esconden en el corazón invisible de Dios. A la razón le ha superado la fe; al esfuerzo humano le ha coronado la gracia divina; lo que empezó el hombre, Dios mismo lo ha llevado adelante.

La religión natural, como apertura y búsqueda infatigable de un sentido definitivo para el hombre, ha pasado a ser la relación personal y amorosa con Aquél que, además de ser origen, guía y meta del universo, manifiesta caracteres personales, esto es, se revela como Padre que conoce y que ama, que llama y que salva. De este

modo, irrumpe una concepción religiosa absolutamente original: la lejanía de Dios se convierte en presencia cercana, su trascendencia en curación inmanente, la eternidad divina entra en la historia y se hace éxodo temporal, su inmutabilidad asume el arrepentimiento y el cambio que hace pasar del enojo de los celos a la ternura paciente, de la pasión encendida al cuidado providente.

La relación con este Dios, al que se pide y del que se espera, ya no es un mero o ilusorio sentimiento que vincula criatura y creador, el mundo de lo profano con el ámbito de lo sagrado impersonal y, generalmente, prohibido. La dependencia ahora incorpora la adhesión en libertad, la conciencia y el amor. Una nueva e inesperada visión religiosa se establece y, con ello, una nueva manera de entender la acción de Dios y la respuesta humana. Si Dios habla, el hombre debe escuchar, y si Dios actúa, el hombre ha de obedecer.

116

Dios no es un insensible maquinista que ha dado cuerda al mundo y, en él, al hombre que lo habita. Revestido de entrañas propias de una madre puede, incluso cuando ésta se olvidara del fruto de su vientre, colmar en el corazón del hijo toda clase de impensable abandono. La misericordia divina, a favor de los hombres, no conoce obstáculo alguno ni limitación a su fidelidad. La debilidad y la pobreza de su criatura, lejos de impedir su intervención benéfica, la provocan y aceleran.

De La Misericordia Al Perdón

- Como venimos diciendo, en la revelación bíblica nos encontramos no sólo con un Dios que manifiesta su

poder en todo lo que hace, de manera justa y soberana, sino que además hayamos la acción de un Dios que se vuelve e interviene a favor de su pueblo, anticipo de la humanidad entera. Ser personal, el Eterno busca y llama, conoce y rescata. No es una realidad lejana a quien la vida del hombre resultara indiferente, antes bien, el comportamiento del hombre le grada u ofende, le complace o enoja. La experiencia progresiva de Israel va descubriendo las entrañas de un ser divino que, además de inefable y celeste, se revela también compasivo y misericordioso. El que ha creado, el que ha elegido, no permanece impassible ante la respuesta humana, ante su pobreza y necesidad, más aun, ante su pecado e infidelidad.

El mensaje bíblico de la misericordia no es una cuestión meramente espiritual, sino que conlleva unas necesarias implicaciones concretas de tipo moral y social. El Dios misericordioso que salva no es un Dios de muertos, ni goza destruyendo la vida, sino que es un Dios de vivos, que ama y restablece la vida por él creada. Por eso, quien recibe y goza de su misericordia no puede sino devenir portador y testigo del mismo compromiso a favor de la vida (de todas las vidas).

La misericordia significa que el propio corazón de quien la experimenta se vuelve hacia la pobreza de los miserables. En la Biblia no hay pobreza ni miseria mayor que la del corazón, es decir, la del sufrimiento moral y, sobre todo, la del pecado. La misericordia divina, por la que Dios se inclina para atender las heridas de la existencia humana, lejos de consistir en una muestra de fragilidad lo es de soberana fortaleza. En efecto, Dios

muestra su poder cuando perdona, cuando vacía su intimidad para arropar al miserable, al pecador. Aparentemente resulta difícil conciliar la misericordia con la justicia divina y, sin embargo, no hay más justicia, no hay más santidad, que aquella que disfruta compartiéndose en favor de los más desvalidos. Si la misericordia “se ríe del juicio” no es porque lo contradiga, sino porque lo trasciende.

En su especial predilección por los más pobres, por los más débiles, la justicia inflexible de Dios se transforma en experiencia de ternura y compasión. En realidad no se contradicen, pues la misericordia es el verdadero nombre de la justicia divina. Una justicia que crea y que salva, una justicia que acompaña fielmente y que se comunica gratuitamente. Dios justo lo es porque no se contradice, porque obra conforme a su propio ser, porque actúa y habla como es. La justicia de Dios hace que su comportamiento sea conforme a su ser; pero su ser es amor, bondad y ternura: santidad. Por eso, la justicia de Dios es obrar santamente, más aun, obrar santificando cuanto juzga, cuanto hace justo (justi-fica) y bueno, como es Él. ¿Vamos a tener nosotros envidia de Dios, porque él sea bueno?

Dios, tres veces santo, santifica en virtud de la alianza que establece con los hombres y a la que estos pueden responder creyendo. Pero entonces la fe no es una cuestión puramente teórica, no es simplemente considerar que debe existir Dios, o que lo que ha revelado debe ser verdad. La fe, en el contexto de la alianza misericordiosa, es algo más: una respuesta total,

una adhesión en libertad que provoca la donación del hombre al mensaje divino y a su portador.

Si los profetas pregonan la misericordia de Dios, son los Salmos, experiencia poética de oración, donde se encierran las expresiones más bellas al respecto. En ella encuentra consuelo y esperanza el pecador; ella es una tabla de salvación para el pueblo también cuando debe asumir las consecuencias de su infidelidad. Lejos queda el dios impersonal del budismo o incluso la no violencia del hinduismo, las reglas del comportamiento ético o incluso el Dios del islam. El Dios de Israel ha mirado y ha visto la aflicción de su pueblo, y ha reaccionado. Pero no es otro, diverso de aquel Omnipotente para los filósofos antiguos. En un sentido hondo y real no podemos mantener la disyuntiva pascaliana; en todo caso, será obligatorio repensar el modo profundo de conciliar la imagen filosófica de Dios y su comprensión bíblica. El único Dios soberano, conmoviéndose, actúa, libera y salva. La misericordia y el perdón adquieren, a la luz de la revelación, una nueva dimensión: el auténtico nombre de Dios es Amor. Así, la potencia absoluta de Dios se muestra, precisamente, en que puede vencerse a sí mismo, puede hacerse donación a favor de los más desprotegidos e incluso de los pecadores.

Bajo los efectos del marxismo y de otras ideologías semejantes se oyen, todavía hoy, voces a favor de la justicia social y en contra de la caridad, como si aquella fuera contraria a la misericordia cristiana. Según aquellas, no se trata de amar ni perdonar, de hacer limosna ni dar por caridad, cuando en realidad lo que se debe hacer es implantar la justicia social. No están lejos, quienes así

piensan, de aquella ética kantiana que se funda en la obligación de un deber, puramente racional, al margen de cualquier otro tipo de sentimientos morales. Pero si hay algo debido a todo hombre, en su humana menesterosidad, eso es precisamente el respeto, el afecto e, incluso, el perdón.

En este sentido conviene recordar lo que apuntaba Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*: que no hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Desentenderse del amor significa, en el fondo, desentenderse del mismo hombre, pues de entre todas sus necesidades, no es la menor la del amor. Si es verdad, también antropológica, que "no sólo de pan vive el hombre", esto implica que junto a sus necesidades materiales hemos de atender a las no menos importantes necesidades anímicas, culturales y, sobre todo, espirituales.

La misericordia de Dios

Se ha encontrado, a lo largo de los siglos, con la ingratitud humana como respuesta. El pueblo elegido, objeto de las confidencias eternas de Dios y de su plan de salvación, ha olvidado una y mil veces las acciones de su Señor. El reproche de los profetas, primero, y su invitación, después, se dirigen a recordar las maravillas de su Salvador. El pueblo olvida, pero Dios se acuerda. Por eso la salvación consiste en hacer memoria, en actualizar la obra de Dios, viva en el corazón. Re-cordar (lo mismo que su contrario olvidar) ya no es una cuestión puramente intelectual o de la mente, sino algo que tiene que ver, más bien, con el corazón, con ese núcleo interior

de la persona donde se revuelven y saborean, donde se disfrutan y experimentan los beneficios de Dios.

Así pues, podemos decir que también el olvido afecta no a la facultad cognitiva sino a lo profundo del corazón. Olvidar es no tener en cuenta, es caer en la ingratitud y comportarse de espaldas al don recibido, es cometer una grave infidelidad. De este modo, la gravedad del pecado pasa de pura trasgresión de un precepto legal o formal a una ofensa personal. El pecado se reviste también de connotaciones personales. Por eso, en adelante, la suprema manifestación que puede hacer Dios de su soberana omnipotencia, será precisamente la misericordia para con el hombre pecador. Para el hombre de todos los tiempos, su poder se muestra en una exhibición de fuerza sin medida, incluso de venganza, o de ajuste de cuentas sin piedad. Ante el rechazo humano, en cambio, la fuerza de Dios se hace misericordia y perdón.

Porque Dios es ya en sí mismo amor eterno, es decir, donación recíproca e inmanente en virtud de su auto-comunicación, puede salir y expresarse fuera de sí, misericordiosamente, sin perder ni ganar absolutamente nada de su realidad más íntima. Ciertamente la santidad de Dios se manifiesta, de manera excepcional, en el perdón del pecador. Totalmente otro, Dios es por su misericordia amigo y confidente, compañero y esposo, padre y pastor. Al hacerse cargo del pecado humano Dios se vacía, dándose, movido por su misericordioso amor. De este modo cumple su poder la cima más insospechada de fuerza: la de hacerse debilidad para fortalecer al débil por naturaleza.

Poco a poco se irá alejando la idea de un Dios violento y castigador, y se irá sustituyendo por la de quien no se complace en la muerte del pecador sino en su propio arrepentimiento y conversión. Dios no aguarda, para sorprender a traición, al hombre en su falibilidad y condenarlo; ante la ausencia de una respuesta fecunda, el divino viñador sabrá siempre dar una segunda oportunidad, no tanto porque el hombre se haga digno de ella, cuanto por Su misma paciencia y santidad.

En la experiencia de la misericordia divina, el hombre descubre no sólo la fuente de su permanente consuelo, sino incluso el auténtico límite a la existencia y la fuerza del mal en el mundo. No sólo las catástrofes naturales, sino también las violentas reacciones de los pueblos, o los sufrimientos no buscados de los inocentes, han sido desde antiguo un gran motivo de escándalo y de confusión. Cuando el rostro de la misericordia divina se muestra, ofrece al interrogante humano no poca consolación. La suerte del Dios de Israel parece, en adelante, irse aparejando a la de su pueblo. En esta eterna misericordia tiene su origen tanto la creación como la salvación del mundo entero.

Aun cuando el lenguaje bíblico encierre expresiones que nos lleven a pensar en la ira o la venganza de Dios, en el fondo tendremos que pensar que, tras ellas, lo que realmente se esconde es el fuego de su pasión por aquel al que ama, con el deseo de su definitiva salvación; la urgencia y gravedad de quien se toma en serio la suerte final, abocada a la muerte o a la vida eternas. El temor pasa por la conciencia de una posibilidad concreta, de nuestra parte (la del rechazo), abrazada a la tranquilidad

de una nueva oferta, por la suya (la del perdón). “Quién puede perdonar sino Dios”, le dijeron aquellos interlocutores a Jesús. En efecto, la ofensa del pecado es contra Dios y sólo él la puede perdonar. Por eso quien lo hace, ha de hacerlo en nombre suyo, como quien ha recibido algo nuevo que le es donado y que supera la misma disposición mundana; y si el Cristo se arroga semejante derecho es porque, en el fondo, lo que proclama es, sencillamente, su divinidad.

Del perdón a la compasión

Esta misericordia de Dios, si bien acerca el reino de su celeste trascendencia, de su alteridad absoluta y de su inefabilidad, no lo convierte en una especie de arbitrariedad a merced del creyente. Una familiaridad tal que olvidara la sublime santidad de Dios, reduciendo el trato a una inconsciente camaradería, significaría no haber entendido nada de su soberana majestad; por el contrario, acercarse a la presencia de Dios, víctimas del miedo y del pavor, implicaría no haber comprendido nada de su amor. Dispuesto a dejarse conmover por el hombre, su creatura, la misericordia de Dios es otro modo de contemplar su esencial santidad, diversa ciertamente de toda bondad humana y superior a cualquier afecto que nos rodea.

El perdón de Dios es su amor continuamente ofrecido. Esta es la prueba mayor de su amor, que consiste en que nos ama no porque seamos justos –amables– sino, precisamente, por haber dejado de serlo. Médico de nuestras almas, se complace en venir a rescatarlas;

pastor de nuestras vidas, toma todo empeño en devolvernos a su redil. Pero no lo lleva a cabo en la distancia apática de quien no quiere sufrir contagio alguno. En su caso, la misericordia omnipotente se convierte en paradójica proximidad (“proximidad”).

La compasión no es sólo el modo como Dios se opone y se resiste al mal sino, ante todo, el modo como lo asume y lo comparte en primera persona. En unas ocasiones, para eliminarlo, en otras –si así se puede decir- para darle significación. Por avanzada que se encuentre, en nuestros días, la técnica, y por desarrollados que vivan los países de la tierra, en el corazón del hombre laten interrogantes que aquella no puede disipar. El sufrimiento y la angustia, que anidan en lo profundo del ser humano y que lo incomodan hasta la desesperanza, muchas veces, ponen de manifiesto cuán necesario le resulta al hombre, en dichas circunstancias, la certeza de un Sentido en el que encontrar consuelo. Ponerse en el lugar de otro, así como el deseo de que los demás lo hagan en el nuestro, responde a un sentimiento siempre presente. Tal vez se habla más hoy de la empatía, para subrayar la dimensión psicológica de lo que, en otros tiempos ha sido una cuestión religiosa o moral. Pero el hecho, en el fondo, es el mismo. Para que las relaciones intersubjetivas sean buenas y felices, estas deben edificarse sobre el sólido cimiento de la compasión.

Dado que el hombre es un ser esencialmente dialogal, que se desarrolla y crece en la comunicación, la compasión viene a ser una forma de salir de aquel aislamiento frustrante que amenaza al ser humano con impedirle madurar. El amor compasivo tiene un lugar

fundamental en las relaciones humanas de convivencia. Lejos de lo que otras creencias religiosas o filosóficas puedan pensar, la compasión no muestra la debilidad de quien la cultiva sino su más profunda fortaleza, pues implica una actitud que brota del fondo del corazón, del centro de la propia personalidad y mira a compartir lo que en el otro también es nuclear. No es mero sentimentalismo, ni lástima que emana de la contemplación superficial del dolor ajeno. Cuando es sincera abarca mucho más.

La cuestión, ahora, es saber si el Dios omnipotente, experimenta también la compasión. Verdaderamente el Dios judeo-cristiano es un Dios que se conmueve, que acompaña y hace suyo el dolor de su pueblo. Si este es consecuencia del pecado, ofrece su perdón; si lo es de una desgracia natural, su providencia será capaz de iluminar un sentido superior y hacer de la calamidad una ocasión para madurar en la libertad; cuando el sufrimiento es consecuencia de la infidelidad, la invitación a la obediencia puede, en adelante, ahorrar si no el dolor, sí vivirlo inútilmente.

La teología tradicional, más edificada sobre las nociones metafísicas de Dios, tal vez encuentra alguna dificultad para conciliar la trascendencia de Dios con su simpatía por el hombre pecador. No se trata de negar, en nombre de una ingenua novedad, aquella omnipotencia a favor de esta debilidad. Tampoco la Escritura es ajena a la cercanía de Dios, en virtud de la cual, libremente se deja "afectar" por la respuesta humana.

Esta inclinación de Dios a favor del hombre miserable encuentra, llegada la plenitud de los tiempos, su máxima

expresión: en efecto, Cristo es la misericordia de Dios encarnada. En Jesús, Dios mismo se hace todo corazón para los enfermos: Él es el perdón –es decir, el don rematadamente perfecto- de Dios, ofrecido al pecador, de quien no quiere la muerte sino su propia conversión; Él no sólo anuncia un mensaje de compasión sino que es, en persona, la divina compasión. Su amor solícito y preferido, en bien de los más pobres, constituye no sólo el núcleo del evangelio sino, por ende, del gusto de Dios.

Si Cristo es la imagen visible del Dios invisible, icono carne del Dios todo espíritu, su modo humano de ser misericordioso revela, a los ojos de los hombres, la intimidad misma de Dios. Este amor sin medida, este perdón –que no pide ni espera nada a cambio- pone de manifiesto la esencia misteriosa de Dios. Sin contradecir aquellos atributos, a los que la metafísica nos acerca, la revelación evangélica nos ofrece una nueva dimensión, su verdadera significación. Dios es amor, y en su amor misericordioso queda desbordada toda medida humana de la mera justicia. Lejos de reducirse al mero dar a cada uno lo suyo, a un tratar a cada uno como se merece, la misericordia de Dios se dará a sí mismo en bien de quienes ama, incluso cuando el pecado introduce la ofensa y, con ella, el derecho a ser repulsado o excluido del hogar de Dios.

De este modo aparece la misericordia de Dios y su perdón como la realización suprema del ideal de justicia anhelado por el hombre, pues en ella, también el hombre desfigurado recupera la dignidad perdida. Así podemos afirmar que la ternura de Dios y su compasión, lejos de

humillar y avergonzar al pecador, lo levanta y dignifica. En Cristo, Dios ya no acusa, sólo salva. Y si sus palabras sobre el juicio final desconciertan a veces, no es la suya una intención de venganza sino de encendido amor, la urgente invitación para aceptar la nueva oportunidad que brota de su corazón.

En el acontecimiento de Cristo crucificado el sufrimiento del hombre se une para siempre al sufrimiento misterioso de Dios. Dios mismo sufre con el hombre y por el hombre. Si, esta es la muestra mayor de amor a los suyos que estaban en el mundo. No hay muestra de acercamiento mayor ni de compasión que la sustitución. La asunción vicaria del dolor ajeno, haciéndolo propio, con tal de evitar a quien se ama su lamento, su confusión. Esto es lo que hace un amigo de verdad, lo que vive un amante cuando arde, por su amada, en el fuego del amor. Pues también conmovido por la separación del hombre, su criatura, Dios mismo hace de su divino Hijo la víctima de reparación, a fin de evitarle a aquel su merecida condenación. En Cristo, Dios no nos ama en la distancia, ni tampoco en la oferta de palabras tiernas, pero tanto como inútiles; en Cristo, Dios se hace pecado para reconciliar al pecador. En Él se hace ofrenda, a fin de satisfacer la expiación.

Dada la intrínseca implicación de todo hombre en la miseria del pecado no es posible que del género humano herido brote una pretendida reconciliación. No, el hombre no puede salir, por sí mismo, de su situación frustrante de separación pero sí puede, en cambio, ser sacado; sí puede ser reconciliado por quien ha sido ofendido y ahora ofrece, gratuitamente, la mano de su perdón. Dios no

quiere la muerte del pecador y, sin embargo, todo hombre está abocado inevitablemente a ella; por ello Cristo asume, en primera persona, la condena a muerte para hacer de ella el pago en recompensa que devuelva al hombre su anhelada libertad.

En la cruz el mundo es juzgado como reo y absuelto, pues el Crucificado, exaltado como juez poderoso, ha suplicado misericordia al Padre y ha obtenido el perdón de la redención. Si la ofrenda vicaria de Cristo sustituye el pago –imposible de satisfacer por el propio pecador- no reemplaza, en cambio, la personal adhesión que, responsablemente, tendrá que presentar en adelante a fin de hacerse acreedor de la gracia recibida. La sangre de Cristo nos justifica, nos hace justos ante Dios en su misma justicia; lo cual no obsta para que, merced a nuestra propia responsabilidad, nos hagamos merecedores de ella.

128

No hay motivo mayor para la esperanza humana que la de saberse gratuitamente salvado. Incluso en tiempos como el nuestro, en los que no faltan ecos de aquella voz profética que anunciara la muerte de Dios, y con él la de los valores cristianos, el anuncio renovado de la verdad evangélica de la salvación ofrece a todo ser humano un motivo para seguir esperando en Dios. No hay motivo para el miedo o la desesperación. La misericordia crucificada es más fuerte, en su debilidad, que el peso mismo de la ley, que la carga del pecado o que la esclavitud de nuestras pasiones. Si el hombre no puede vivir sino a la búsqueda de un sentido pleno, he aquí que lo puede hallar definitivamente.

La radical novedad de la Buena Nueva hace del hombre hijo de Dios. Compasión mayor no cabe, en la que participamos del mismo ser, pues se nos da a recibir, como propia, la misma naturaleza de Dios. Dios, en Cristo traspasado, se vacía para colmar de este modo nuestro deseo interior, ese que desemboca tantas veces en el sinsentido y la angustia, en la amargura, el odio o el rencor. Y esta es, precisamente, la nueva luz que orienta toda la doctrina social de la Iglesia; ella -signo esperanzador- no existe sino para acercar a todo hombre la misericordia de Dios.